

señora de Chateauroux, gritó viva el rey, y volviéndose hácia ella le escupió en el rostro.

Esta entrada del rey tuvo lugar el 13 de noviembre.

Aquella misma noche habiéndose quedado el rey y la reina en las Tullerías, se oyó tres veces rascar en la puerta de comunicacion del cuarto del rey al de la reina. Las camaristas de servicio despertaron entonces á S. M. y le dijeron que creian que era el rey que pretendia entrar; pero la reina sonriéndose tristemente les respondió:

— ¡Ah, no! os habeis equivocado, volveos á acostar y dormid.

Pero apenas habian vuelto á acostarse las camaristas cuando el ruido comenzó de nuevo.

Esta vez ellas se determinaron á abrir, pero á nadie encontraron, y fueron á informarse al cuarto del rey, donde les dijeron:

Que S. M. estaba en cama y no habia manifestado ninguna intencion de pasar al cuarto de la reina.

Era con efecto verdad que el rey no habia manifestado ninguna intencion ni deseo de pasar al cuarto de la reina; pero no era cierto que S. M. estuviese acostado en su cama.

Al contrario, el rey acababa de levantarse, y saliendo de las Tullerías, habia pasado el Puente Real, y se habia hecho llevar de incógnito en casa de la señora de Chateauroux, que habitaba en la calle del Bac, cerca de los Jacobinos.

Quería verla, saber las condiciones que exigiria para volver á la corte, y disculparse de lo que habia ocurrido en Metz.

Diez minutos antes de que anunciasen al rey y cuando ella dudaba aun de que volviese, se habria considerado muy feliz la señora de Chateauroux de haber vuelto á

Versalles sin condiciones; pero en aquel momento, en que el rey se ponía en algun modo á su discrecion, recobró toda su altivez y habló, no ya como desterrada sino como dueña absoluta.

Así es que el rey no obtuvo á su primera pregunta mas que esta respuesta:

— Señor, estoy satisfecha de no ir á podirme en una prision de órden de V. M. Me contento con disfrutar de las ventajas de la libertad y con ella los placeres de la vida privada. Prefiero permanecer como me encuentro y no volver á la corte, porque yo no puedo volver á ella, sino con condiciones que no querréis concederme.

Escuchad, princesa, respondió el rey, creedme, olvidad todo lo que ha pasado en Metz, volved á la corte como si nada hubiese acontecido; volved desde esta misma noche á ocupar vuestro alojamiento en Versalles, y con vuestro alojamiento el empleo que teniais en el cuarto de la delfina.

Desgraciadamente el rey habia perdido la superioridad y no podia salir del paso fácilmente.

La duquesa pidió que se hiciese salir á los príncipes.

Pero el rey respondió que á ellos se les habia ofendido antes impidiéndoles la entrada en el cuarto del rey y que era preciso renunciar á ninguna venganza con los príncipes.

Pidió despues la duquesa que el señor y la señora de Maurepas saliesen desterrados.

Pero el rey respondió que el señor de Maurepas, con el que despachaba en diez minutos lo que con cualesquiera otro no podria hacer en todo un dia, le era demasiado útil en su trabajo para que pudiese decidirse á desterrarlo.

Se convino en que el señor de Maurepas presentaria

sus excusas á la duquesa y que esta indicaria la clase y manera en que deberia hacerlas.

Pidió la señora de Chateauroux, que el duque de Chatillon, el señor Bouillon, el obispo de Soissons, el padre Perusseau, la Rochefoucault y Balleroy fuesen desterrados.

— En cuanto á esos, dijo el rey, os los entrego, y por lo que toca á Chatillon ya está todo hecho.

Y le enseñó la orden de prision que tenia firmada ya de algunos dias y que solo habia conservado para mostrársela.

Con esto quedó todo olvidado, y tan bien olvidado que la señora de Chateauroux, cuando se marchó el rey, quedó con un furioso dolor de cabeza y fuerte calentura.

El 20 de noviembre recibió Chatillon la noticia de su orden de prision y la orden para salir de París sin detencion y sin hablar con nadie.

En cuanto á la Rochefoucault, se le mandaba por una orden del rey, permanecer en sus tierras hasta nueva disposicion. Esta orden estaba dirigida por el rey á Maurepas.

El señor Bouillon recibió la orden de retirarse al ducado de Albret, en donde se le designaba por morada un edificio ruinoso que no habia estado habitado hacia mas de doscientos años.

En cuanto al padre Perusseau, quiso el rey castigarlo de la misma suerte que él habia hecho sufrir á la duquesa. En su presencia y como si el rey ignorase que estaba él allí, envió á buscar al superior del noviciado de los jesuitas, con el que estuvo largo tiempo hablando. En lo sucesivo continuó enviando á buscar de cuando en cuando al mismo superior, y estuvo así mas de un mes sin dirigir nunca la palabra al confesor, el cual se

consideró en completa desgracia; y como todo el mundo lo creia así con efecto, casi todos sus penitentes lo fueron abandonando.

Al cabo de un mes, el rey tuvo compasion de su pena y le envió á decir que nada habia perdido en su gracia.

El señor de Soissons fué desterrado á su diócesis, no por una orden escrita sino por mandato verbal.

Balleroy recibió orden de volverse á Normandía.

Maurepas, que era el ejecutor de todas estas venganzas, esperaba ver venir la que le tocase, recibió orden de ir á casa de la señora de Chateauroux para convidarla á venir á Versailles.

— ¡Señor! ¿qué deberé decir á la señora de Chateauroux? preguntó el ministro.

— Aquí teneis escrito lo que habeis de decir, contestó el rey.

Tomó Maurepas el papel y se presentó en casa de la señora de Chateauroux, pero el ujier que estaba advertido, respondió que la señora no estaba.

Preguntó en seguida Maurepas por la señora de Lauraguais, y recibió la misma respuesta. Dijo entonces que venia de parte del rey, y lo hicieron entrar.

La señora de Chateauroux estaba en la cama; el rey, como se ha dicho, la habia dejado enferma, y no se habia mejorado.

— Señora, le dijo Maurepas al entrar en su habitacion, el rey me envia á decir que ignora todo lo que ha ocurrido con respecto á vos durante su anterior enfermedad, que conserva por vos los mismos miramientos, la misma estimacion y la misma consideracion, y que en consecuencia os suplica volvais á la corte á tomar en ella vuestro puesto, y la señora de Lauraguais el suyo.

— Señor, respondió la duquesa; siempre he estado persuadida de que el rey no tenía parte alguna en lo que ha ocurrido respecto á mí; por eso nunca he dejado de conservar á S. M. el mismo respeto y el mismo afecto, y siento no hallarme en estado de ir desde mañana mismo á dar las gracias al rey; pero iré el sábado próximo que ya estaré sana.

Entonces se le aproximó Maurepas con una fisonomía que indicaba el deseo que tenía de que la duquesa le permitiese besar su mano.

La duquesa extendió la mano diciendo:

— Eso cuesta poco, y no tiene consecuencias.

Maurepas se retiró diciendo:

— Hasta el sábado.

Y la duquesa repitió:

— Hasta el sábado.

Pero la pobre mujer había ofrecido, sin pedir permiso al que tiene en su mano la vida de los hombres; y el sábado en que ella creía hallarse ya restablecida, se encontró peor.

Desde aquel día fué agravándose el mal; once días pasó en delirios y vueltas á la razón, que daban á su situación un carácter fatal; en sus delirios gritaba que estaba envenenada y que el veneno que había tomado procedía de Maurepas. En sus momentos lúcidos se confesaba con el padre Leganol, el cual afectaba decir que jamás había visto una penitente mas resignada á morir.

El mismo cura de San Sulpicio, Languet, tan severo con la pobre duquesa de Berry, fué el que llevó el Viático á esta otra Magdalena, pero ni el uno ni el otro exigieron que la duquesa de Chateauroux hiciese el sacrificio de su pasión. Sin duda se le contaba en descuento todo lo que había sufrido en Metz.

Nueve veces sangraron á la duquesa, ya en los bra-

zos, ya en los piés, durante la enfermedad, sin que produjesen el menor alivio. Cada día se le cargaba mas la cabeza; el delirio era cada día mayor. Cada vez que el delirio le repetía, volvía á decir que moría envenenada, y que el veneno se lo había dado Maurepas en Reims en una medicina.

El 8 de diciembre espiró en medio de atroces convulsiones.

La autopsia no presentó ningun vestigio de envenenamiento.

Dos dias despues, el 10 de diciembre de 1744, fué sepultada en la capilla de San Miguel, en San Sulpicio.

A los dos años justos, dia por dia, que se había hallado la caja de tabaco del rey debajo de la almohada de la pobre duquesa.

Esta muerte afligió mucho al rey, y se fué á caza para distraerse.

El 8 no había ya podido permanecer en el consejo hasta el fin, y no queriendo ver á nadie, se fué á encerrar en Trianon con las señoras de Bouffleurs, la de Módena y la de Belleford, para llorar allí á su libertad.

La reina tuvo el ánimo de escribir á su marido, pidiéndole ir á participar de su dolor; pero el rey le hizo responder por medio de Lebel, que no la vería hasta que fuese á Versailles.

CAPITULO XII.

Matrimonio del delfin. — Se casa con la hija de Felipe V y de Isabel Farnesio. — Temores de Richelieu despues de la muerte de la señora de Chateauroux. — Silencio del rey. — El duque se conserva en la gracia de Luis XV. — La señora de Flavacourt. — La señora de Rochechouart. — Fiestas que dió la villa de Paris. — Paisanos y paisanas. — El baile de la villa. — Los cazadores. — Los disfraces. — El pié de la señora de Chateauroux. — Los talentos de la señora de Etioles. — La cena del 22 de abril. — El señor Normand de Etioles. — La correspondencia del marido. — La correspondencia del rey. — Vuelven á romperse las hostilidades. — Ingleses y holandeses. — El arresto de los señores de Belle-Iste. — Mauricio de Sajonia. — La batalla de Fontenoy.

Comenzó el año de 1745 con el matrimonio del delfin con la infanta María Teresa, Antonieta, Rafaela, hija de Felipe V y de Isabel Farnesio.

Todo Paris era fiestas, pero el rey, profundamente triste por la muerte de la señora de Chateauroux, y afectado por el fastidio que era el cáncer de su vida, y que el vacío que habia dejado en ella la muerte de la hermosa duquesa hacia aun mas profundo; el rey, tal vez, no habria participado de ninguna de estas fiestas, si no hubiese vuelto Richelieu de los estados de Languedoc, para comunicarle un poco de animacion y alegría.

La muerte de la señora de Chateauroux no solo habia causado un gran sentimiento á Richelieu, sino que le habia tambien infundido un gran miedo.

Amiga íntima del duque, y mujer con la que un amigo suyo podia contar con seguridad, conservaba la du-

quesa en un escritorio particular toda la correspondencia del duque; y en esta correspondencia no se descuidaba Richelieu en darle consejos acerca de la manera con que debia manejar al rey, contando mas con los vicios del rey que con sus virtudes, para que la hermosa favorita conservase siempre superioridad sobre su real amante, al que ninguna consideracion se guardaba en esta correspondencia; por lo que si S. M. encontraba por casualidad este escritorio, corria mucho riesgo el favor de Richelieu.

Mucho miedo debia tener Richelieu, puesto que él mismo ha confesado, que cuando supo la muerte de la señora Chateauroux, cayó de rodillas diciendo con un ansia llena de religion y sobre todo de egoismo:

— ¡Dios mio! haced que el rey no encuentre cierto escritorio...

El rey nada encontró, ó por lo menos no dió á entender que lo hubiese hallado; y Richelieu, no oyendo hablar del escritorio, ni viendo venir ninguna orden de prision, se tranquilizó y volvió á Paris, donde el rey, al que divertia su charla prodigiosamente, lo recibió con mas ternura que nunca.

Como era natural, el primer cuidado de Richelieu al ver al rey tan triste y solitario, fué el de buscarle compañera, y empezó por tentar fortuna con la señora de Flavacourt; de esta suerte no salia el rey de la familia; habia poseido las cuatro hermanas, era natural que posesese tambien la quinta. Fué, pues, á buscar á la hermosa marquesa, y procuró seducirla por todos los medios imaginables. Si queria riquezas, el rey era el príncipe mas rico del mundo; si era ambiciosa, veria á todos los potentados enviarle con preferencia á ella misma sus enviados y ministros, para disponer de la paz ó de la guerra. Si queria avanzar á su familia, siendo

la amante del rey, seria el origen de todas las gracias y empleos. La marquesa le miraba sonriéndose.

— Todo eso es hermoso, dijo, ya lo sé, pero...

— ¡Pero qué? repitió el duque.

— Pero á todo eso prefiero la estimacion de mis contemporáneos.

Y esto fué todo lo que el duque pudo sacar de ella.

Se fijó entonces en la marquesa de Rochechouart, que era de la sangre de los Mortemarts, hermosa y de entendimiento, pero á pesar de su talento y de su belleza, se negó.

El rey estaba cada dia mas triste y fastidiado.

El duque se fijó entonces en las fiestas.

Eran fiestas absolutamente de pueblo, que daba la ciudad de París, pero que no dejaban de tener originalidad para un rey habituado á las fiestas de príncipes. Los jefes de los gremios de los oficios se reunian y edificaban salones de baile en cualquier sitio público; un dia en la plaza de Vendome, otro en la de la Victoria, y todos contribuian con su contingente respectivo. Los carpinteros edificaban la sala, los tapiceros la amueblaban y adornaban, los fabricantes de porcelana llevaban allí las mejores vasijas; los mercaderes de flores formaban un jardin de Hispahan ó de Bagdad, y con la reunion de todas las industrias se alcanzaba á un lujo tal, á que no habrian podido llegar las fortunas reales mas poderosas. Los mercaderes de vino establecian en medio de aquellas flores, fuentes de Champaña y de Burdeos; los cafeteros encendian estanques de ponch; los botilleros levantaban Alpes con la base nevada, y las cimas coronadas con la rosada tintura que el sol poniente extiende por las cumbres de las montañas; estas fiestas eran maravillosas.

Pero lo que mas distraia al rey era la alegría franca

de los paisanos intimidados al principio; pero asegurados despues por un cumplimiento, por una palabra ó por una sonrisa, bailaban alemandas y bailes ingleses con una alegría y un atractivo, que nunca se habia visto en Versalles, ni en Trianon, ni en Choisy.

Además, del medio de todo esto debia salir lo que esperaba su corazon desolado, un amor nuevo.

Hubo un baile de máscaras en la plaza de Greve; hacia algun tiempo que todo estaba á la oriental, y á la oriental como se entendia en el tiempo de Luis XV. Gallard habia traducido sus Mil y una noches; Montesquieu sus Cartas persas; Voltaire habia hecho representar su Zaira. En aquel baile habia muchas houris, muchas sultanas y muchas bailarinas indias, cuando en medio de todas aquellas telas de brocado de oro y de plata, vió el rey adelantarse hácia él una sencilla Diana cazadora con el arco en la mano y el carcaj á la espalda, dejando ver un brazo blanco y contorneado, una pierna perfecta y una mano de diosa.

La hermosa Diana tenia puesta la mascarilla, y sin embargo, por los simpáticos efluvios que derramaba en torno suyo, adivinó el rey que no era una extranjera. Habló, y al hablar descubrió sus dientes de perlas, y á través de aquellos dientes, salieron de su boca mil gracias, chanzas finas, coqueterías supremas, lisonjas ingeniosas. Todavía no se habia quitado la máscara, y ya estaba el rey loco, y cuando se levantó la careta, mas loco aun, porque en la hermosa Diana cazadora, reconoció á la ninfa de los bosques de Senart, la que se le habia aparecido, ya conducida por un caballo, ya medio acostada en una de esas conchas de nácar que Boucher da por carro á sus Venus y á sus Anfitrites; á la hermosa señora de Etioles, en fin, por la que, una noche,

la pobre duquesa de Chateauroux habia aplastado el pié de la señora de Chevreuse.

Las mujeres tienen presentimientos.

No era la señora de Etioles una dama de alto rango, como las Vintimilles y las Mailly. Tampoco era una mujer oscura del pueblo como Juana Vaubernica, de la que se tratará en adelante: era Antonieta Poisson, hija, segun unos, de un rico arrendador de la Ferté-sous-Jouarre, y segun otros, de un carnicero de los Inválidos. Como quiera que sea, estaba casada con el señor Lenormand de Etioles, el mas rico de los arrendadores generales; tenia veinte y dos años, era consumada música, pintaba en lienzo excelentes paisajes y en carton adorables pasteles; gustaba de la caza, de los placeres, del lujo y de las artes; era, en fin, la mujer que habia buscado Richelieu inútilmente, y que venia ella misma á ofrecerse.

Al instante se concertó una cena entre el rey y la señora de Etioles; Binet, pariente de la bella Diana y ayuda de cámara del delfin, fué el intermediario de estos nuevos amores; la cena se verificó el 22 de abril de 1745, y asistieron á ella los señores Luxemburgo y Richelieu.

A este último le faltó entonces aquel tacto perfecto del cortesano que jamás lo habia engañado. No conoció en la señora de Etioles ni lo que habia, ni lo que podía haber; estuvo frio con ella, desdeñoso por los rasgos de su imaginacion é insensible á su belleza; y ella jamás se lo perdonó.

La cena fué muy alegre y la noche muy larga; el rey no se separó de la señora de Etioles hasta las once de la mañana del dia siguiente; ella ocupaba ya la antigua habitacion de la señora de Mailly.

¡Qué melancólicas memorias escribirían las paredes

de ciertas habitaciones, si las paredes pudiesen escribir!

Desde entonces se formaron en la corte dos partidos bien diferentes; el partido del delfin, que se llamaba el partido de los devotos, y el partido de la nueva favorita.

Todo esto ocurría mientras el señor Lenormand, que adoraba á su mujer, se hallaba en la posesion de uno de sus amigos, el señor Lavallette, á pasar las fiestas de Pascuas. Allí supo por el señor Touruchan que su mujer habia dejado su casa, que habitaba en Versalles y que era la favorita declarada del rey. Se desesperó con tal extremo que queria matarse, fué preciso quitar de su alcance todas las armas; en el exceso de su dolor escribió á su mujer una carta y encargó al señor de Touruchan que la llevase.

Lo primero que hizo la señora de Etioles fué enseñar esta carta al rey, que la leyó con mucha atencion y se la volvió diciéndola:

— Teneis un marido muy honrado, señora.

La posicion de la señora de Etioles quedó fijada desde el primer momento, el 9 de julio de 1745, esto es, tres meses apenas despues de la primera cena á que habian asistido Luxemburgo y Richelieu; el rey le habia ya escrito ochenta cartas.

Estas cartas estaban selladas con un sello en que se leían estas dos palabras: *Discreto y fiel*.

El 15 de setiembre del mismo año á las seis de la tarde, la señora de Etioles fué presentada en la corte por la señora princesa de Conti que habia reclamado este honor.

Comenzó la señora de Etioles, como la de Chateauroux, por exigir de su amante que tomase por sí mismo, al abrirse la campaña, el mando del ejército; pero mas hábil que la duquesa no pretendió seguir al rey.

A pesar de la muerte de Carlos Alberto acaecida el 20 de enero, cuyo suceso nos permitía reconocer á María Teresa, había vuelto á comenzar la guerra y parecía adquirir mas encarnizamiento, porque los gabinetes del Norte querían abatir nuestra influencia diplomática, y disminuir nuestra nacionalidad.

La coalición estaba completa, los holandeses se habían unido á los ingleses y á los austríacos. La misma liga contra la cual había luchado Luis XIV, tenía que luchar entonces con Luis XV; habían de luchar despues tambien contra ella la república y el imperio, y tal vez contra la misma tendremos que luchar de nuevo antes de mucho tiempo.

Habían hecho los ingleses un gran esfuerzo; habían desembarcado en el litoral de la Holanda veinte batallones de ingleses y escoceses, á los que se habían reunido veinte y seis escuadrones y cinco regimientos de hannoverianos con quince mil hombres. Los Estados Generales habían tambien alistado veinte y seis batallones y cuarenta escuadrones; y en fin el Austria había enviado ocho escuadrones de caballería ligera y de húsares húngaros.

Tenia además el príncipe Carlos sobre el Rhin un ejército de ochenta mil hombres, que muy en breve iba á ser aumentado hasta ciento veinte mil.

El duque de Cumberland mandaba á los ingleses, holandeses y hannoverianos.

El gobierno francés hizo por su parte prodigios para poder levantar un ejército respetable. Pero faltaban nuestros dos grandes organizadores; el conde y el caballero de Belle-Isle, que enviados como negociadores á Berlin habían sido detenidos y conducidos á Inglaterra. Se reunieron, sin embargo, ciento y seis batallones, setenta y dos escuadrones completos y diez y siete compañías francas.

Este ejército que tomó el nombre de ejército de Flandes, se puso al mando del mariscal de Sajonia.

El mariscal de Sajonia se hallaba por desgracia atacado de hidropesía; cuando se presentó en París y vieron que apenas podía sostenerse le hicieron presente el mal estado de su salud. Pero se contentó con responder: « No se trata de vivir, sino de marchar. »

Y con efecto llegó al ejército casi moribundo.

El 7 de mayo se hallaba el rey en Pont-Achain. A la mañana siguiente fué á visitar el campo que había escogido el mariscal para la batalla; porque por la posición de los dos ejércitos el enemigo se veía forzado á aceptar el combate como el mariscal se lo presentaba, ó tenía que dejarse tomar á Tournay.

El campo de batalla denotaba al gran hombre de guerra. Todo estaba preparado para la victoria, y todo estaba previsto para la derrota. Era una llanura en que había muchos barrancos, que se estrechaba entre Fontenoy y el bosque de Barri, y que ensanchándose despues permitía á nuestra línea un despliegue de tres cuartos de legua poco mas ó menos. Apoyaba el ejército su derecha en Antoin, su izquierda en el bosque de Barri, hallándose cubierto de reductos todo su frente, cuyo centro era Fontenoy. Antoin sobre todo había sido fortificado y circundado de talas de árboles. Además, una batería de seis piezas colocada mas allá del Escalda enfilaba á cualquier cuerpo, que hubiese tratado de avanzar por el llano para separar á Antoin de Peronne. En cuanto á la extrema derecha del bosque de Barri, estaba protegida por dos reductos muy próximos á Fontenoy para que sus fuegos se cruzasen con los de Chaville. Como Antoin no podía ser atacado sino por el llano de Peronne y como no se podía alcanzar al ejército francés sino atravesando el desfiladero

de Fontenoy, por cualquier parte que se presentase el enemigo tenia necesidad de exponerse á una completa derrota por una victoria dudosa.

Para el caso de un revés además habia establecido el mariscal de Sajonia delante del puente de Calonne, único por donde pudiese pasarse el Escalda, una cabeza de puente de doble corona, adonde habia dejado seis mil hombres de tropas de refresco. En el momento que el riesgo se hiciese inminente, el rey y el delfin debian retirarse por el puente, á favor de cuyos atrincheros podia rehacerse el ejército, por muy de cerca que fuese perseguido.

Los aliados por su parte se hallaban divididos en dos cuerpos para hacer frente á un tiempo á los dos puntos de ataque determinados de antemano. El jóven de Waldeck con los holandeses amenazaba á Antoin; los anglo-hannoverianos, mandados por el duque de Cumberland, se disponian á forzar el desfiladero de Fontenoy y formaban un dilatado semicírculo al rededor de nuestro ejército, apoyando su izquierda en Peronne y su derecha en Barri. Los dos ejércitos emplearon todo el dia 10 y la madrugada del 11 en hacer sus disposiciones.

El rey pasó el dia 10 en el alojamiento del mariscal de Sajonia, el que por orden expresa de su majestad habia guardado cama. Padecia el mariscal una hidropesia que habia subido hasta el tercer grado, y no habia permitido que se le hiciese la puncion, por miedo de que la operacion saliese mal, y no poder asistir á la batalla. Y como tenia gran confianza en el buen suceso de la jornada del dia siguiente estuvo muy contento. El rey por su parte se hallaba lleno de confianza y serenidad. La conversacion giró sobre las batallas en que los reyes de Francia se habian encontrado

en persona. Recordó entonces el rey á los presentes, que desde la batalla de Poitiers ningun rey de Francia habia combatido teniendo junto á sí á su hijo, y que desde la de Tailleburgo, ganada por san Luis, ninguno de sus descendientes habia conseguido victoria ninguna de importancia sobre los ingleses; habia, por consiguiente, dos revanchas que tomar por una.

Dejó Luis XV al mariscal de Sajonia á las once de la noche y se retiró con el delfin. Pasaron la noche los dos príncipes en la misma habitacion. A las cuatro se levantó el rey, y fué él mismo á despertar al conde de Argenson, ministro de la Guerra, al que envió inmediatamente al mariscal para recibir sus últimas órdenes. Encontró al mariscal en un carruaje de mimbres, donde podia extenderse como en su lecho, á fin de no fatigarse inútilmente antes de tiempo; no contaba con montar á caballo hasta el momento mismo de la accion. El mariscal envió á decir al rey, que él lo habia dispuesto ya todo y que podia venir. El rey, que habia dormido en Calonne, montó á caballo con el delfin, pasó el puente que hay mas allá de la Justicia de Nuestra Señora del Bosque, cerca de tres cuartos de legua del puente Calonne, y unos cincuenta pasos detrás de nuestra tercera línea de batalla.

A las cinco le dieron parte al mariscal que el enemigo se ponía en movimiento y entonces se hizo llevar á la primera línea, que se hallaba dispuesta del modo siguiente: nueve batallones cubrian á Antoin; á la izquierda hasta el barranco de Fontenoy, quince batallones formaban la izquierda y se extendian por detrás del bosque de Barri, hasta Gauvin; toda la caballería ocupaba á la espalda un frente igual al de la infantería, formados en dos líneas detrás del centro y de la izquierda, y en una línea detrás de la derecha; un ba-

tallon de partidarios llamados los *grassins* estaba en guerrilla en el bosque de Barri.

Se aproximó el mariscal de Sajonia hasta el alcance del cañon del enemigo para estudiar su posicion. Vino entonces á buscarlo el mariscal de Noailles para darle parte de una obra que habia mandado ejecutar durante la noche, con objeto de reunir el primer reducto de la derecha con el pueblo de Fontenoy. El duque de Gramont, sobrino del mariscal de Noailles, estaba detrás de él á caballo. El mariscal de Sajonia escuchó el parte, lo aprobó todo, y viendo que la accion iba á empeñarse dijo al señor de Noailles que se marchara á su puesto. Este, volviéndose entonces hácia su sobrino le dijo :

— Señor de Gramont, vuestro puesto es al lado del rey; id á decirle que me consideraré hoy dichoso en vencer ó morir por su servicio.

El tio y el sobrino se abrazaron, y de repente se oyó el ruido del cañon; y el duque de Gramont, que se hallaba entre el mariscal de Noailles y el mariscal de Sajonia, cayó hecho pedazos por la primera bala que se habia disparado.

El señor de Noailles hizo un movimiento para socorrerlo, pero todo era inútil; estaba muerto. El mariscal sacudió tristemente la cabeza y partió al galope. En el mismo momento se inflamaba toda la línea francesa respondiendo por una descarga general al fuego del enemigo.

Poco tiempo duró el fuego de cañon porque se abor-daron cuerpo á cuerpo. Los holandeses dirigieron dos ataques á Antoin y las dos veces fueron rechazados. En el segundo ataque pereció un escuadron casi entero por las descargas cruzadas de la batería que estaba colocada detrás del Escalda y otra batería colocada delante de Antoin; solo quedaron en pié doce hombres.

En cuanto á los ingleses, rechazados por tres veces de Fontenoy, tres veces habian vuelto á la carga, y volvian á formarse para tentar otro ataque.

Observó el duque de Cumberland que los franceses debian su ventaja á los fuegos cruzados de su artillería. Mandó en consecuencia á su mayor general Ingolsby, que se apoderase del bosque de Barri, y tomase á viva fuerza los dos reductos. El mayor tuvo que venir á batirse con el batallon de los *grassins*, que le dió tanto que hacer que creia habérselas con toda una brigada. Tuvo que tocar retirada y fué á pedirle refuerzo al duque, que lo mandó arrestar.

El fuego que habia en el bosque determinó al mariscal de Sajonia á enviar allí dos batallones. Cumberland resuelto á forzar el barranco, formó una columna de infantería de veinte mil anglo-hannoverianos; colocó seis piezas á la cabeza y en el centro de su columna, y marchó adelante.

Los guardias franceses y suizos, protegidos por un barranco, creyeron que era solo una batería sostenida por un batallon y resolvieron apoderarse de ella; pero cuando llegaron á la cresta, se encontraron con todo un ejército. Sesenta granaderos y seis oficiales se tiraron á tierra y pudieron reunirse á sus filas. La columna enemiga se presentó al instante en lo alto del barranco. Se aproximaba lentamente con el arma al brazo sin que los guardias franceses y los guardias suizos, que no eran uno por cada diez de ellos, diesen un paso para retroceder.

Cuando estuvieron á cincuenta pasos unos de otros, los oficiales ingleses, á cuyo frente se hallaban los señores de Campbell, de Albermale, y de Churchill, hicieron un saludo con sus sombreros. El conde de Chabannes, y el duque de Biron, que habian salido de sus